

CAPÍTULO II

El padre de Alba poseía una granja de ganado vacuno, modernamente acondicionada. Los establos fueron construidos sobre los más avanzados estudios, así como los silos que almacenaban la comida de invierno. La comida animal había sido estudiada hasta el menor componente, la tierra era sembrada con mucho trébol en sus praderías para que se enriqueciera en nitrógeno, además de sus vacas y terneros sueltos, tenía otros animales qué si bien no eran para explotación, le gustaba verlos libres, ocas, gallinas, patos, conejos y un asno que pastaba a sus anchas.

Había viajado por diferentes países visitando las granjas más modernas. En su mente construyó una explotación que fuese rentable económicamente, que requiriese la menor mano de obra posible, y que a su vez necesitase el menor tiempo de dedicación. A la par en su mente construyó también una explotación que fuese gratificante y romántica. Podría decirse que aquella explotación ganadera era una granja ideal. Los Walden han sido los dos libros que le habían influido de manera palmaria.

La publicidad había sido su anterior profesión, diseñaba campañas publicitarias, marcando las directrices ideológicas y de mercado. Se reía de sus honorarios, decía a menudo que no entendía cómo podía pagársele tanto dinero por tan poca cosa. Un día, sin decir nada a nadie lo abandonó todo. Empresas renombradas se disputaban tenerlo entre ellos, llegando, ante su negativa, que fuese él quien se fijase sus honorarios. Se mantuvo en su decisión. Años más tarde le explicaría a su hija los motivos. Había realizado el diseño de cierta campaña política, el partido en cuestión arrasó en las urnas, pero su gestión posterior fue tan desastrosa que, sintiéndose responsable por haber participado en el engaño, tomó la decisión de abandonar definitivamente la actividad publicitaria. Nada pudo disuadirlo, ni su mujer, que veía peligrar un buen tren de vida. Esto último los llevó a un distanciamiento, más bien le llevó a él, más que a un distanciamiento a una semiruptura familiar. Una mujer que no me apoya en esto no me apoyará en nada, se dijo y se lo dijo, lo que motivó la ruptura completa.

Dividió el patrimonio familiar con su mujer, vendió su parte a buen precio, y sin prisas buscó las tierras que necesitaba para su proyecto. Negociando con calma compró extensas praderías a un precio por debajo de su valor real. El propietario, viudo y jubilado con algunos achaques, tenía dos hijas casadas, vivían en ciudades alejadas de donde él vivía y añoraba su compañía y la de sus nietos. La soledad no es buena compañía, se decía a menudo. En una festividad en que la familia estaba reunida, les apareció en casa con un maletín repleto de billetes, lo abrió delante de todos y ante los asombrados ojos de sus dos hijas y yernos, que más que ojos tenían luceros, ante la vista de tanto dinero les espetó.

– Hay dinero para hacer felices a tus hijas y evitarles penurias, y hay dinero para pasar el resto de tu vida sin privaciones, una vida de trabajo merece una recompensa –hizo una estudiada y pequeña pausa para incrementar el efecto y añadió tajante–, si es sí, ahora mismo nos dirigimos al notario a que legalice la escritura, si es no, no me volverás a ver, hoy mismo realizo la compra en otro lugar.

El hombre dudó un instante, pero las hijas y los yernos se unieron mostrando las ventajas de la venta inmediata. Venta y compra fueron realizadas ese mismo día.

Posteriormente incrementó la propiedad comprando algunas tierras sembradas de árboles y otras de labradío.

Cercó parte de ellos para tener el ganado suelto y el resto lo dejó para forraje. Un pequeño riachuelo recorría gran parte de la propiedad, con un derruido molino, esa parte romántica era la guinda que le colmaba el interés por la tierra.

Reconstruyó el viejo molino, ensanchó el riachuelo construyendo un estanque natural en el que pudiesen vivir truchas y por supuesto poder pescarlas.

La explotación la orientó con la compra de raza autóctona gallega cuya carne, de sabor exquisito y, con pastos naturales, alcanzaba en el mercado buenos precios de venta. También fueron elevados el precio de los ejemplares adquiridos.

Mecanizó todo lo posible, de manera que el trabajo humano se viese reducido a lo estrictamente necesario, con dos empleados y él todo funcionaría sin grandes problemas.

Podría decirse que había construido una explotación modelo.

La casa, tirando unos tabiques y un moderno aislante exterior la haría confortable. Por otro lado, en la Expo de Sevilla, a su clausura, compró varios bungalós prefabricados de los que utilizaban los trabajadores. Por sus contactos las consiguió a un precio irrisorio. ¿Para qué había realizado esa compra? la finalidad la tenía bien meditada, los empleados de la granja si no eran de por allí cerca, vivirían en la propia granja, necesitarían un lugar para instalarse que fuese cómodo, con todo lo indispensable, pero sin lujos. Una pequeña sala cocina perfectamente equipada, un cuarto de baño y una habitación, en eso consistían las artificiales viviendas, un porche extensible de lona les daba en los días de buen tiempo un aspecto de rústico encanto.

Rebotado del mundo urbano y de todos sus subterfugios alienantes, al que contribuyera con sus conocimientos y habilidades, llegando a autocalificarse como un gran embustero, con el agravante de que no sólo no se creía sus mentiras, sino que en su conciencia no las justificaba, esa última razón, convirtió su carácter alegre, no exento de cierta seriedad, en una persona apesadumbrada y de rostro enojado contra todo lo que le rodeaba, no excluyendo a las personas, porque en su ambición y vanidad permitían que fuesen engañadas y las condujesen de redil en redil, como si ellas lo desearan voluntariamente y lo considerasen una decisión libremente suya. Enojado contra sí mismo por contribuir de forma activa, siendo el elemento ideológico y teórico que causaría esa engañifa y, por tanto, ese comportamiento, que a él se le antojaba, limitador y amputante.

Rebotado de ese mundo, buscó refugio en el aislamiento del campo y decidió rodearse con personas que de una u otra manera también fuesen a su vez rebotados, voluntarios o por fuerza.

Durante meses, mientras realizaba los preparativos de la granja, se desplazaba a la ciudad y asistía a las comidas, cenas y a veces desayunos, en el local de beneficencia. Allí observaba, hablaba, preguntaba, inquiría y se enteraba, de la vida pasada y presente, de aquellas gentes, cada uno con su biografía, con su pasado y, lo que es peor, con su presente y pesada cruz a cuestas. Día tras día estrechaba el círculo de su elección. Finalmente, una mujer y dos hombres, posibles candidatos fueron sondeados con ojo de profesional. Por otra parte, ellos mismos se abrían, sin aparentar ni ocultar nada de sí mismos, ¿qué tenían que ocultar y aparentar a un igual, para qué, qué sentido tendría? Así fue como se enteró de sus vidas y, de cómo también, carecían de esperanzas. Se encontraban en el último peldaño de la degradación social, la mendicidad sin puerta de salida y, el abandono anímico al que únicamente le unía la razón de permanecer vivos, la naturaleza biológica de subsistencia, y la permanente ensoñación, falsedad de la que como seres humanos no

pueden liberarse unas veces para bien, pero la mayor parte de las veces para mal, porque esta misma ensoñación que puede hacer agarrarse a la vida, por otra parte embrutece la mente alejando a la auténtica vida al otro extremo. Sabía que la población vivía en un permanente ensueño, y que dicho ensueño los vivía, los devoraba día tras día, y rumiaba posteriormente noche tras noche, pero en ellos era voluntaria esa ensoñación, mientras que en los marginados y en los excluidos sociales la ensoñación representaba para ellos el único lazo con la vida, por no decir que la ensoñación era para ellos la vida misma.

Durante las comidas los escuchaba e interrogaba, analizaba sus frases y pensamientos, veía sus actitudes solidarias. En este caso coincidió plenamente el aforismo, Dios los da y ellos se juntan, porque ellos eran colegas de infortunio, pero además habían entablado amistad, en el comedor siempre se sentaban juntos, a veces la mujer comía con ellos. También él se unió al dúo o al trío según se tratase, convirtiéndolo en trío o cuarteto según fuesen. Poco a poco fue ganándolos, invitándolos a cigarrillos, un día les regaló una cajetilla sin abrir, diciéndoles que la había encontrado tirada en las puertas de un café. Otro día compró un bonito pañuelo de seda para regalárselo a la mujer, sabía que a uno de ellos le gustaba ella, para no herir sus sentimientos, les dijo que en un banco había encontrado el pañuelo envuelto en papel de regalo, y siendo absurdo llevarlo a objetos perdidos había pensado regalárselo a la compañera de comida, pero mejor que lo hicieran ellos que eran sus amigos. Se negaron, insistió, decidieron que fuesen los tres quienes hicieran el regalo, finalmente convencieron al que se sentía atraído por ella de que lo hiciese, además pronto sería su onomástica.

Definitivamente estos hechos le granjearon un ascendiente moral sobre ellos que tomaron con placer.

La comida, al principio le pareció endiabladamente mala en cuantos aspectos pueda considerársela, pero al haberse hecho el propósito de no probar bocado que no fuese el del comedor de indigentes, resultó al cabo de un tiempo sabrosa, y como acudía al comedor con apetito llegó a considerarla hasta excelente. Ninguno de los tres consumía alcohol ni drogas, pese a sus pasados tortuosos. Habían sido profesionales en su vida pasada y coligió que buenos profesionales, porque eran despiertos de inteligencia y voluntariosos.

No obstante, la experiencia le había demostrado con frecuencia que los juicios a priori le habían dado equivocaciones, así que resolvió comprobarlo en la práctica. La finca principal donde se encontraba la casa necesitaba la reparación del cercado, así como el cierre alambrado de uno de los enormes prados circundantes. Los llevó a los tres a la finca con el pretexto de que un conocido los había contratado para aquella reparación, el presunto conocido y propietario los condujo en automóvil al lugar, dio las indicaciones al verdadero propietario responsabilizándolo del trabajo realizado y se marchó. Prepararon el cercado, comieron en la casa carne asada, frutos secos, queso y fruta fresca. Fue todo un banquete para aquellos tres, o por decirlo más exactamente, para aquellos cuatro indigentes, porque la mujer también había sido contratada. Para todos ellos había fundas de trabajo nuevas, botas y guantes, como también había todo tipo de herramientas, incluyendo hormigonera y cemento, piedra para mortero y arena. Trabajaron con tesón y regularidad, descansando cada cierto tiempo. A las seis horas de trabajo, descontado el tiempo de la comida, vinieron a recogerlos. Sus cuerpos estaban agotados por la falta de costumbre a movimientos repetitivos y continuados, pero el trabajo había sido realizado a conciencia y todos estaban satisfechos. La dirección práctica la llevaba José Monteñas, ese era su nombre y apellidos, había trabajado durante años de albañil y en carpintería, en

realidad era un hombre práctico en todo lo referente a manualidades de brazo, como él decía de sí mismo.
